

B. LIBROS

MARQUÍNEZ ARGOTE, Germán, *Breve tratado del Cielo y los Astros del Maestro Javeriano Mateo Mimbela (1663-1736)*, CEJA-UCAT, Santafé de Bogotá (Colombia), San Cristobal (Venezuela), 2000, pp. 174.

PASAN AMPLIAMENTE de 30, los trabajos sobre el Pensamiento filosófico latinoamericano publicados en la forma del libro, artículo o ponencia por el Profesor Germán Marquínez Argote, cuyo nombre resulta familiar a quienes trabajan en esa área de nuestra cultura. La mayor parte de estos trabajos son de carácter histórico y se refieren a períodos, corrientes, escuelas y autores colombianos o neogranadinos. No es, por lo tanto, casual que la obra que es objeto de esta reseña, –y que, por distintos azares burocráticos, se ha puesto en circulación hace apenas seis meses–, sea un estudio sobre un pensador, filósofo y teólogo, radicado durante más de 40 años en el Nuevo Reino de Granada.

El presente libro contiene uno de los primeros frutos cosechados en el esfuerzo por la recuperación del pensamiento filosófico colombiano que, hacia 1997, se inició en la Facultad de Filosofía de la Universidad Javeriana –uno más entre los muchos que, con gran entusiasmo y, en ocasiones, con reconocido éxito, se han intentado en Colombia–. Ese intento no fue estéril ni se ha disipado. Simplemente, se ha concretado y estructurado en el Proyecto denominado: “*Hacia una Historia del Pensamiento filosófico en Colombia, 1620-2000*”, que hoy lidera el Instituto Pensar, adscrito a la rectoría de dicha Universidad.

La producción intelectual de este Proyecto, abarca tres clases de obras que corresponden a otras tantas colecciones: *Colección Fuentes filosóficas*; *Colección Estudios* y *Colección Contextos*. Dentro de estas colecciones se inscriben ya varias obras. Tres de éstas –concebidas dentro de un mismo esquema en la Facultad de Filosofía– se inscriben en la *Colección Estudios*. Son ellas: 1. *Los principios de la intelección humana, del Maestro Javeriano Juan Martínez de Ripalda (1641-1707)*, CEJA, Bogotá, 1998., cuyo autor es también el profesor Dr. Germán

Marquínez Argote; 2. La que aquí reseñamos; 3. *Denis Mesland, amigo de Descartes, misionero y Maestro Javeriano (1615-1672)* (aún en proceso de edición). La obra titulada *La biblioteca de la Universidad Javeriana Colonial* elaborada por el P. José Del rey Fajardo, S.J., corresponde a la *Colección Contextos*. Finalmente, la obra titulada: 24 obras filosóficas del período colonial, elaborada por el profesor Manuel Domínguez Miranda y editada en CDR, (con 5.800 imágenes) por CEJA, pertenece a la Colección Fuentes Filosóficas.

Hechas las anteriores anotaciones, ocupémonos sobre algunos contextos de este libro.

El libro consta de un breve prólogo y de dos partes. La primera titulada *Estudios*, abarca 85 páginas y consta de tres capítulos: 1. “La Universidad Javeriana en el S. XVII. Testimonio de Joseph Ortiz y Morales”. 2. “Vida y obra del Maestro Javeriano Mateo Mimbela”. 3. “*El Breve tratado del Cielo y los Astros: entre la Tradición y la Modernidad*”. La Segunda parte consta de dos secciones. La primera de ellas, abarca 38 páginas y comprende la transcripción, en latín “corrido”, –es decir, sin abreviaturas–, del manuscrito original y, en columna paralela, su traducción al español. La segunda sección contiene la reproducción facsimilar del texto original del *Breve tratado* y, con el fin de facilitar al lector un conocimiento aún más amplio del pensamiento de Mimbela, recoge también en facsímil, los índices de las otras dos obras de dicho autor que han llegado hasta nosotros. Ellas son dos obras “mayores” de este maestro javeriano. La primera lleva el título de *Physices tractatus*, antecede, en el mismo manuscrito, al *Brevis Tractatus de Coelo et Astris* y constituye el horizonte intelectual en el que este Breve Tratado se encuadra. La segunda, que se titula *Tractatus de Essentia el Attributis Dei*, es la única obra teológica de Mimbela que ha llegado hasta nosotros.

El propósito fundamental de la obra que reseñamos, se halla expuesto con plena claridad en el prólogo y en varios lugares del capítulo tercero. Con esta obra el autor pretende reforzar una tesis, expuesta por él en escritos anteriores, sobre la presencia en el Nuevo Reino, desde el s. XVII, de una mentalidad abierta y discretamente modernizante, a la que no le resultaban desconocidos los descubrimientos científicos de la época, ni del todo incompatibles con sus principios filosóficos y ni con sus creencias cristianas. Haciendo referencia al aire de modernidad que él había descubierto en el pensamiento gnoseológico de Juan Martínez de Ripalda –sin duda uno de los personajes señeros de la filosofía colonial–, Marquínez se expresa así:

Quería saber si el caso de Martínez de Ripalda constituía una excepción en un ambiente herméticamente cerrado a las ideas modernas o si, por el contrario, la modernidad filosófica que se transparenta en su obra fue

posible gracias a los aires de apertura y renovación que se respiraban en la Universidad Javeriana en las últimas décadas del siglo. Andando con estas inquietudes, recayó mi interés en la obra de Mateo Mimbela, cuyo magisterio juvenil en la Facultad de Artes durante 1691-1694 coincidió con los últimos años de docencia en la facultad de teología de Martínez de Ripalda. (p.7)

Hacia el final del último capítulo de la primera parte y después de haber expuesto, con claridad y precisión tanto las ideas centrales sobre astronomía contenidas en el *Brevis tractatus* (cap.3) como el talante y la postura vital del jesuita aragonés (cap.2), sintetiza Marquínez, en términos moderados y con matices precisos, su posición en torno a la “modernidad” de Mateo Mimbela:

Hemos mostrado cómo Mimbela está situado entre la tradición pero asomándose a la modernidad, y esto en la temprana fecha de 1693 (p. 86).

En conclusión, el Nuevo Reino no estaba tan yermo de conocimientos, ni los neogranadinos tan vírgenes de modernidad cuando en 1760 vino a quedarse entre nosotros José Celestino Mutis; aunque, como siempre pasa, todavía quedaban por estos pagos pequeños reductos de “intransigentes”, aferrados a la vieja “*imagino mundi*” (p. 89).

Me parece oportuno interrumpir aquí, brevemente, el curso de esta reseña para explicitar algo que como de pasada, deja entrever Marquínez sobre los modos en que se solía desarrollar el curso de Física en nuestras universidades coloniales. Esto puede ayudarnos a captar más claramente el sentido y las características de esta pequeña obra de Mimbela. Eran dos los caminos más frecuentados para la exposición de la física aristotélica, guía prescrita ineludiblemente para el estudio de la Física. Uno, inspirado en los *Comentarios* escolásticos “in octo libros Aristotelis Physi-Corum”, consistía en un recorrido (siguiendo la guía de algún comentarista clásico, pero no directamente el texto aristotélico) más o menos completo, con mayor o menor fidelidad al filósofo griego y dejando –no siempre– algún espacio para la disputa con Aristóteles o con algunos de sus comentaristas. Por lo general el profesor, o a veces los reglamentos, señalaban la temática del curso. El otro modo o camino para el desarrollo del Curso de Física, tenía como base una sistematización escolástica (especulativa) sobre los temas contenidos en los ocho libros de la Física aristotélica que se consideraban más pertinentes para lograr unas bases firmes para el conocimiento de la naturaleza. Esta sistematización se hacía, comúnmente, siguiendo los principios y las tendencias filosóficas propias de cada una de las escuelas representadas en los distintos centros universitarios del Nuevo Reino de granada. Este conocimiento sistemático básico solía

complementarse –según la mentalidad y los conocimientos de los profesores– con la profundización de alguna problemática escolástica o, en otros casos –como es el de Mimbela–, ofreciendo a los estudiantes, por lo menos, una *información* clara, honesta, actualizada y más o menos abundante según las posibilidades de cada profesor, sobre aquellos cuestionamientos que, los avances del conocimiento científico –empírico– del universo, planteaban a la visión tradicional y cristiana del mundo.

Son muchos los méritos que habría que destacar en el libro de Marquínez, bien concebido y cuidadosamente editado. Pero tengo que limitarme, a indicar, no más, algunos de ellos. Ante todo el autor logra su propósito explícito, insistentemente repetido, de desmontar, aportando para ello datos y razones contundentes, lo que él llama “un prejuicio histórico” esto es, la afirmación repetida durante dos siglos y medio, sobre el desconocimiento y el desinterés general y casi absoluto, por parte de los profesores coloniales, sobre las ideas y los descubrimientos científicos modernos. Marquínez logra ese objetivo sin trascender los límites que él mismo ha señalado, sin pretender ir más allá de lo que los datos que aduce dan de sí, y reconociendo sin ambages la carencia de investigación científica en la Universidad Colonial, como la hubo también hasta finales del S. XVIII, en la mayoría de las universidades europeas, aunque en conocimiento e información superaron generalmente y de un modo notorio, a las coloniales.

Son también características notables de esta obra, en primer lugar la amplia información que ella nos brinda sobre la vida universitaria en el S. XVII. Esta información está respaldada en buena parte por el manuscrito autobiográfico del doctor Joseph Ortiz y Morales, egresado de la Universidad Javeriana en la segunda mitad del S. XVII; de este manuscrito transcribe Marquínez la parte correspondiente a la etapa universitaria del autografiado. En segundo lugar, deben señalarse la cuidada documentación y la valiosa bibliografía que respaldan cada uno de los pasos del proceso investigativo. Tampoco pueden silenciarse la transparente y serena fluidez del lenguaje ni la pertinencia y utilidad de las ilustraciones – cuidadosamente seleccionadas por el autor– que hacen particularmente grata la lectura de esta obra.

Sería necesario un amplio espacio para comentar adecuadamente la transcripción del manuscrito latino y la traducción al español de ese texto. No me es posible entrar en detalles, pero puede el lector tener la seguridad de que, el esfuerzo que el autor ha puesto en ambos trabajos, ha logrado un texto altamente fiel al original, (con abreviaturas a la usanza de la época) y una traducción con notable equilibrio entre el apego al texto latino, con los matices propios de la época en que fue escrito, y la corrección, la claridad y la fuerza expresiva del español de nuestro siglo.

Gracias a este nuevo libro de Germán Marquínez, el P. Mateo Mimbela, ha dejado de ser un nombre más dentro de una lista de ilustres y desconocidos maestros coloniales. Nos encontramos ante una obra de investigación básica sobre un pensador del período colonial que despeja el camino para el trabajo interminable de estudios, cada vez más especializados, sobre una etapa decisiva en la configuración histórica de Colombia. Esta obra cumple de manera ejemplar con una de las principales funciones que le están encomendadas a la *Colección Estudios* del proyecto editorial que hemos mencionado al principio.

MANUEL DOMÍNGUEZ MIRANDA